

Literatura, dispositivos y soportes

Isabel Quintana y Marina Ríos
(coordinadoras)

NJ
Editor

MARINA RIOS E ISABEL QUINTANA

COORDINADORAS

**LITERATURA, DISPOSITIVOS
Y SOPORTES**

**NJ
EDITOR**

Literatura, dispositivos y soportes / Patricio Fontana ... [et al.] ;
Compilación de Isabel Quintana ; Marina Ríos ; Prólogo de Isabel
Quintana ; Marina Ríos. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : NJ
Editor, 2024.

Libro digital, PDF - (Asomante / 14)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-48994-4-6

1. Literatura Latinoamericana. 2. Ensayo Literario. 3. Crítica Literaria. I.
Fontana, Patricio II. Quintana, Isabel, comp. III. Ríos, Marina, comp.

CDD 860.998



CC BY-NC-ND 4.0

Comité de evaluación

Adriana Amante, Pablo Ansolabehere, Valeria Añón, Graciela Batticuore,
Beatriz Colombi, Nora Domínguez, Roberto Ferro, Gustavo Lespada,
Celina Manzoni, Isabel Quintana, Adriana Rodríguez Pérsico,
Guadalupe Silva, Noé Jitrik, Vanina Teglia, Loreley El Jaber.

.UBA FILO
Facultad de Filosofía y Letras



Este volumen se publica con el apoyo de los subsidios de la Universidad de Buenos Aires y de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica.

Este volumen cuenta con evaluación de pares ciegos.

Director: Noé Jitrik †

Secretaría Académica: Celina Manzoni

Coordinación: Guillermo Vitali

Coordinación y edición de Colección Asomante: María Fernanda Pampín

Diseño de tapa en base a propuesta original de Luz Valero

NJ Editor

25 de mayo 221, 3° piso

1002 – Buenos Aires – República Argentina

Tel: (54-11) 5287-2630

e-mail: ilh@filo.uba.ar

Impreso en Argentina, 2022

LOS DESVELOS DE UN PADRE

GUERRA Y FORTUNA EN LA VIDA
DE DOMINGUITO, DE D. F. SARMIENTO

Patricio Fontana

1. Los guerreros

Domingo Fidel Sarmiento, *Dominguito*, murió durante la guerra del Paraguay, el 22 de septiembre de 1866, a los 21 años de edad, por una herida recibida en la batalla de Curupaití. Había nacido el 17 de abril de 1845, en Chile. Su madre era Benita Pastoriza Martínez, con la que Domingo Faustino Sarmiento se casó en 1848. Domingo Fidel era hijo de Benita y de su primer marido, Domingo Castro y Calvo, que falleció en 1847. Al casarse con Benita, Sarmiento le dio su apellido a Domingo Fidel y lo adoptó como hijo. Por lo demás, también debe decirse, como sugieren varios biógrafos de Sarmiento, que esta zona de su vida sentimental quizá haya sido menos lineal, más enrevesada. Como fuere, Sarmiento se enteró de la muerte de Dominguito en los Estados Unidos, donde ejercía funciones de Ministro Plenipotenciario desde 1865. Poco después de recibir la noticia, comenzó a bosquejar la biografía del hijo, pero el trabajo quedó inconcluso. Dos décadas después, en 1886, escribió y publicó *La vida de Dominguito*, primero como folletín y luego como libro. Cuando su nieto, Augusto Belín Sarmiento, publicó esa biografía en el tomo XLV de las *Obras completas* le agregó una serie de textos cortos e inéditos que, según asegura en una breve nota introductoria, Sarmiento no había tenido en cuenta al escribir la versión de 1886, y que eran los que había escrito en Estados Unidos. Varios críticos han barajado diversas hipótesis sobre esas dos versiones; por lo pronto, lo cierto es que existe, por un lado, el libro *La vida de Dominguito*, de 1886, y, por otro, una miscelánea de textos, escritos hacia 1867, que Sarmiento decidió dejar fuera de la versión de la vida de su hijo que entregó finalmente a la imprenta.¹

1 De la historia del texto, y de sus “dos redacciones”, se han ocupado especialmente Beatriz Lavandera (1966), Enrique Anderson Imbert (1975) y Javier Fernández

Como en otros de sus muchos textos biográficos –ejemplarmente, *Facundo* o *El Chacho*– en *La vida de Dominguito* Sarmiento no se priva de usurpar el espacio biográfico y hablar de sí: de aprovechar una vida ajena para referirse o aludir, directa o indirectamente, a la propia. La de Sarmiento, de este modo, es muy a menudo una escritura en la que la narración de la vida de otros es el sitio textual adecuado para hablar de sí: una escritura en la que autobiografía y biografía se disponen como en una cinta de Moebius.

Las relaciones entre las dos biografías más importantes que escribió Sarmiento en los últimos años de su vida –la del naturalista y militar Francisco Javier Muñiz, en 1885, y la de Dominguito, en 1886– son más de las que pudieran sospecharse en un principio. Por lo pronto, ellas comparten el “sistema” que Sarmiento describe en la primera de ellas. Ninguna de las dos es un relato biográfico ortodoxo, escrito en tercera persona, sino una serie de textos de diversa extracción que el biógrafo-*bricoleur* monta para que de ellos, con la activa participación del lector, surja el relato biográfico. Se trata, en otras palabras, de un “sistema” que produce *collages* biográficos o, como lo definió Nicolás Rosa, “formas de la coautoría” (1990: 121).

En ambas, además, el biógrafo funciona como “ejecutor testamentario”, tal como el propio Sarmiento se denomina en la *Vida y escritos del coronel D. Francisco J. Muñiz*. Pero con una inversión

(1999). Anderson Imbert, que retoma el trabajo de Lavandera, asegura que esa primera versión estaba “concluida” –y que su título era *Veinte años o vida de un niño y muerte de un héroe*–; aunque en el remate de su trabajo las razones que aporta para justificar que Sarmiento no la publicara no son muy convincentes: “Apremiado por tareas más urgentes, Sarmiento apartó de sí la biografía que ya tenía concluida. La que confeccione en la ancianidad será nueva. Cuando yo saque a la luz el manuscrito completo, en el orden planeado por Sarmiento se verá que [...] no es inferior a *La vida de Dominguito* de 1886” (Anderson Imbert, 1975: 509). Anderson Imbert finalmente no cumplió su promesa. Más recientemente, Javier Fernández prologó una edición de “los manuscritos de la primera versión de *La vida de Dominguito*, escritos por Sarmiento en 1867, un año después de la muerte de su hijo [...]. Dichos manuscritos se encuentran en el Museo Histórico Sarmiento, cuya dirección los ha facilitado gentilmente para esta edición” (en Sarmiento, 1999: 11). En el prólogo explica que parte de esos manuscritos son los que agregó Augusto Belín en la edición de las *Obras completas* que incluye *La vida de Dominguito*; pero, en contraste con Belín, conjetura que es posible que Sarmiento los haya tenido presentes –total o parcialmente– cuando escribió la segunda versión en 1886. En contraste con lo afirmado por Anderson Imbert, los textos prologados por Fernández no son de ningún modo una biografía “concluida”.

dramática entre la primera y la segunda. En la “Introducción” a la biografía de Muñiz, Sarmiento declara que su tarea consistió en poner “orden en los papeles que los hijos del Dr. D. Francisco Javier Muñiz conservan como precioso legado de familia” (Sarmiento, 1900: 214). Inversamente, en el caso de *La vida de Dominguito* es el padre el que debe recopilar y ordenar los papeles del hijo, muerto prematuramente.² El “precioso legado” es, por tanto, atesorado por el padre (que en 1886 tiene la misma edad que tenía Muñiz cuando falleció), y no por el hijo. Ambas biografías podrían considerarse como “trabajo de duelo”: en un caso, el duelo de los hijos; en el otro, el duelo del padre.³

También, como en la biografía de Muñiz, el título completo de este libro antepone a cualquier otro logro del biografiado su carácter de militar (*La vida de Dominguito. In memoriam del valiente y deplorado capitán Domingo Fidel Sarmiento, muerto en Curupaítí a los veinte años de edad, autor de varios escritos, biografías y correspondencias y traductor de “París en América”*), con el agregado de que quien firma el libro, el padre, también se presenta como militar: “por D. F. Sarmiento, General de División”. Se trata, pues, en primer lugar, de la biografía de un “capitán” escrita por un “general”. En el mismo sentido, en el libro hay varias alusiones al biografiado como un soldado-mártir.

Aunque *La vida de Dominguito* no es únicamente la biografía de un capitán que muere en los campos de batalla a los veinte años, de todos modos en ella lo militar adquiere un lugar protagónico. En

2 “[P]ienso escribir su biografía, con sus escritos y discursos (ya los tengo todos)”, le escribe Sarmiento a Mary Peabody, viuda de Horacio Mann, poco después de enterarse de la muerte de Dominguito (en Anderson Imbert, 1975: 508).

3 En la novela *El espíritu de mis padres sigue subiendo en la lluvia*, de Patricio Pron, el narrador (un hijo que investiga la vida de su padre mientras éste agoniza) afirma: “Los hijos son los detectives de los padres, que los arrojan al mundo para que un día regresen a ellos para contarles su historia y, de esa manera, puedan comprenderla. No son sus jueces, puesto que no pueden juzgar realmente con imparcialidad a padres a quienes se lo deben todo, incluyendo la vida, pero pueden intentar poner orden en su historia, restituir el sentido que los acontecimientos más o menos pueriles de la vida y su acumulación parecen haberle arrebatado, y luego proteger esa historia y perpetuarla en la memoria” (Pron, 2011: 12-13). En el caso de Dominguito, esa tarea detectivesca recae en el padre y no en el hijo; es decir, se produce un intercambio de roles *contra natura*: es el padre el que restituye el sentido de una vida y protege y perpetúa la memoria del hijo muerto.

principio, el estatuto de Dominguito como militar se cuenta como mascarada, como “falsificación”. Mientras su padre es gobernador de San Juan y se ocupa de la guerra contra el general Ángel Vicente *El Chacho* Peñaloza –y acá tenemos un ejemplo de esa intrusión autobiográfica de la que hablé al principio–, el hijo, al que suponía estudiando en Buenos Aires, se le aparece disfrazado de militar:

Estaba afanado [escribe Sarmiento, que habla de sí en tercera persona] con las tareas que le imponía la dirección de la guerra contra el eterno Chacho, sublevado en la Rioja: todo era armas y cañones y maestranza en vía de creación, cuando de improviso le anuncian a Dominguito que viene de Buenos Aires con pliegos, desertor de la Universidad donde lo hacía su padre, siguiendo tranquilamente los estudios preparatorios. Habíase procurado de la condescendencia de Mitre, alguna nota para decirse enviado, y se presentó a su airado padre con uniforme militar elegantísimo y completo que se había mandado hacer con el sastre a la moda, para el lance, y la lectora que haya sido madre, se imagina si puede haber padre tan duro que le dé de coscorrones en lugar de un abrazo al apuesto militarcito y luego, ¿cómo deshonrarlo ante los jóvenes y las damiselas, haciendo saber que todo ello era pura farra de un muchacho travieso?

Fue preciso aceptar aquella falsificación, y tenerlo por tal oficial de Guardia Nacional de Buenos Aires [...] (Sarmiento, 1962: 57).

La “falsificación” de todos modos resulta provechosa, y esto no solo porque el disfraz (un “elegante uniforme”) le permite a Dominguito moverse cómodamente entre la sociedad sanjuanina, sino porque es gracias a ese “artificio” que accede a la verdad de la vida pública. El padre concluye por lo tanto que merced a esa “farra” que no censuró Dominguito prontamente creció, maduró y se hizo “hombre hecho y derecho” (1962: 63).

Disfrazado de militar, entonces, Dominguito se hace hombre en el contexto de la “prolongada y estéril” guerra con el Chacho. Empero, al revés que en el célebre aforismo de Karl Marx, a esa “farsa” o “comedia” la seguirá, en un segundo momento, la “tragedia”: la participación de Dominguito en la guerra del Paraguay.

Esa participación es presentada por el biógrafo-padre como algo inevitable, como algo *que se veía venir*: “Veíase venir en el cadete improvisado en San Juan al voluntario a la primera llamada a las armas en nombre de una idea o en defensa de la patria” (1962: 73). Pero además, el cadete farsesco de San Juan y el héroe de la guerra del Paraguay responden, ambos, a una razón previa, esencial: la educación que el padre le dio al hijo. En consecuencia, el padre-biógrafo se presenta como el responsable de la muerte temprana del hijo: “Dios me perdone, si hay que pedir perdón de que el hijo muera en un campo de batalla *pro patria*, pues yo lo vine dirigiendo hacia su temprano fin” (1962: 73).

La muerte de Dominguito en guerra no resulta, por lo tanto, una sorpresa absoluta para el padre. Él lo había educado para eso, él lo había entrenado para la guerra: para que fuera “hombre”. Se trata de una educación bélica que el padre había comenzado muy tempranamente, acostumbrando al niño Dominguito a soportar el ruido de los cohetes y luego a manipularlos diestramente, permitiéndole jugar con sus armas o celebrándole las exhibiciones callejeras de su pericia en el enfrentamiento cuerpo a cuerpo. La educación de Dominguito buscó –según lo asegura su padre– el *embotamiento de su sensibilidad*: “Su educación había tendido a *embotar la sensibilidad*, y se dejó arrancar su sobrediente, después de alguna resistencia, con sólo decirle que un hombre... que el hombre... que sólo las mujeres” (Sarmiento, 1962: 77, énfasis mío). En razón de esto, el biógrafo relativiza las razones que le había dado Dominguito a Nicolás Avellaneda para explicar su persistencia en la guerra, su deseo de permanecer en el campo de batalla más allá de lo necesario:

Mi suerte está echada. Me ha educado mi padre con su ejemplo y sus lecciones para la vida pública. No tengo carrera, pero para ser un hombre de Estado en nuestro país es preciso haber manejado la espada; y yo soy nervioso, como Enrique II, y necesito endurecerme frente al enemigo (Sarmiento, 1962: 76).

Sarmiento no niega que esas puedan ser las razones que esgrimiría cualquier joven inteligente y ambicioso para justificar su participación en la guerra. Pero en el caso particular de Dominguito la “persistencia” en la guerra tiene para el padre y biógrafo una

motivación menos racional, menos calculada. Por ello, cuando narra el proceso mediante el cual se logró embotar la sensibilidad de Dominguito para hacerlo hombre, comenta:

Estos hechos muestran que la razón dada al Dr. Avellaneda tenía sólo una apariencia de razón, para persistir honorablemente, científicamente, diría, en su poesía de la guerra. La actitud heroica que asumía en el combate acusa la acumulación de la sangre en el cerebro que hace centellear los ojos, mientras el miedo la aleja y produce la palidez del semblante. Los oradores, los poetas, los descubridores, se transfiguran en el apogeo de la exaltación (Sarmiento, 1962: 77).

La expeditiva respuesta de Dominguito al llamado de la guerra y su obstinación por permanecer en los campos de batalla más allá de un período razonable son, pues, la fatal concreción de un impulso ciego hacia lo bélico que el padre había infundido en el hijo, son responsabilidad del padre. En las cartas que desde el frente Dominguito le enviaba a su madre ese gusto por la guerra es algo que se va haciendo cada vez más evidente, sobre todo cuando esas cartas empiezan a dar cuenta del postergado pero al fin concretado enfrentamiento con el enemigo: ese momento de la campaña donde ya sí efectivamente el matar y el morir son lo esencial, la única realidad, y no algo que se atisba, algo posible, algo que se espera pero que tarda en concretarse. Al respecto, en su lectura de esta correspondencia entre madre e hijo, Martín Kohan escribió:

El hijo de Sarmiento, a medida que la guerra en sí se aproxima, ve encenderse en él una suerte de pasión de soldado, que apenas si podía sospecharlo en los días en que la guerra como tal se postergaba. Dominguito se ve soldado y descubre por eso mismo un fervor que antes no conocía: “yo sería soldado, pero soldado por el combate; por la emoción, por la muerte que desfila. ¡Es una gran sensación! Es un placer tremendo y, como tal, sus dosis mayores matan”. Por supuesto que de por medio está la gloria, dotar al propio nombre de un brillo ilustre por haber servido a la patria. Pero en las palabras de Dominguito hay más que eso; hay más que deber, hay placer. Dominguito le habla a la madre del “placer tremendo” que le

da combatir. Este es su gran descubrimiento: que la guerra, por sí misma, le gusta (Kohan, 2014: 119).

Así, tanto el Dominguito que surge de los textos biográficos escritos por su padre como el que se delinea en la correspondencia con su madre se aparece –se me disculpará el salto temporal y espacial que implica esta comparación– como un antecedente insospechado del sargento William James, el protagonista de la película *The Hurt Locker*, de 2008, dirigida por Kathryn Bigelow. Ambos –Dominguito y James– se vuelven adictos a las “grandes emociones” que les ofrece la guerra y sus márgenes: situaciones al límite en las que prefieren estar antes que en cualquier otra, sin importarles si al participar en ellas ponen en peligro su vida, o acaso precisamente por eso: porque en ellas la muerte es una posibilidad cierta. Por lo demás, ese *placer tremendo* por la guerra que Dominguito descubre en los campos de batalla puede haberlo sorprendido a él, pero no a su padre: su padre sabía que eso podía pasar; es más, como vimos, lo había educado duramente para que eso ocurriera. Dominguito en guerra se comporta tal como su padre lo había adiestrado para que lo hiciera: hacia allí lo había dirigido, ese era el destino hacia el que lo había guiado.

Ahora bien, en principio, en los textos que escribió Sarmiento en 1867 esa muerte en el campo de batalla a los 20 años es interpretada frecuentemente como la interrupción de una vida que prometía mucho. En el texto titulado “In memoriam”, el padre-biógrafo se pregunta:

¿No se cree que el árbol entero está con sus frutos contenido en el germen? ¡Qué habría mostrado esta vida si hubiera tenido tiempo para desenvolverse! ¿Qué es un hombre a veinte años? El botón de una flor que va a abrir, tronchada al viento; pero si abrimos el aun cerrado cáliz, todo encontramos perfecto en su seno, hasta los colores, hasta la acre fragancia que aun participa de los bálsamos de la planta (Sarmiento, 1999: 21).

Veinte años después, en 1886, cuando retoma el proyecto, Sarmiento no se conforma con presentar la vida de su hijo como una vida “tronchada” por la guerra inevitable. El padre biógrafo, por

el contrario, se esfuerza ahora por demostrar (y así lo anuncia ya el abrumador *curriculum vitae* del título completo que más arriba mencioné) que, gracias al “exceso de vida” que albergaba en su ser, en escasos veinte años Dominguito había llegado a desarrollar una actividad miscelánea y exitosa que no se correspondía con su edad.⁴ Dominguito fue adolescente en la niñez y adulto en la adolescencia. Fue alguien que en dos décadas alcanzó a tener las experiencias para las que “un hombre del común habría necesitado cuarenta años” (Sarmiento, 1962: 3). “*Extractum vitae*” (Sarmiento, 1962: 3), su vida escapó a los tiempos normales; fue una vida intensa y anormal: sucinta y proteica al mismo tiempo. Dominguito fue, de este modo, un adelantado: un “hombre adulto *antes de que la ley reconozca los títulos a la virilidad que la naturaleza y la inteligencia le han anticipado*” (Sarmiento, 1962: 4, énfasis mío). De esta forma, en la versión que Sarmiento publica en 1886 el relato biográfico es sólo parcialmente el de una vida malograda, el de una vida breve. El biógrafo, por el contrario, pretende convencernos de que quien murió por una herida recibida en la batalla de Curupaití no murió en la juventud, como engañosamente lo informa el calendario, sino a los cuarenta años. El padre cumple así un rol doble y paradójico en el que hay algo –mucho– de demiurgo: es, por un lado, como padre, responsable en buena medida del “temprano fin” de su hijo en la guerra; por otro, es quien se encarga de demostrar, como biógrafo, que ese fin *en realidad* no ocurrió tan tempranamente como aparenta haber ocurrido.

2. Franklincitos

En *Recuerdos de provincia*, la autobiografía que Sarmiento escribió a los 39 años, es central el momento epifánico en que el autobiógrafo cuenta que, siendo un adolescente, descubrió la biografía de Benjamin Franklin y deseo y decidió ser como él: copiar el modelo y, con los años, alcanzar la figuración en las letras y en la política que había alcanzado ese *founding father* desde unas

⁴ Y, entre esas actividades, tal como lo consigna el título, está la de biógrafo. Ciertamente, Dominguito fue autor de una breve biografía del poeta Juan Gualberto Godoy, que publicó en 1864 *El Correo del Domingo* y que Sarmiento reproduce íntegra en la biografía.

precarias circunstancias iniciales muy parecidas a las suyas. Escribe Sarmiento:

Yo me sentía Franklin; ¿y por qué no? Era yo pobrísimo como él, estudioso como él, y dándome maña y siguiendo sus huellas, podría un día llegar a formarme como él, ser doctor *ad honorem* como él, y hacerme un lugar en las letras y en la política americanas. La vida de Franklin debiera ser parte de los libros de las escuelas primarias. Alienta tanto su ejemplo, está tan al alcance de todos la carrera que él recorría, que no habría muchacho un poco bien inclinado que no se tentase a ser un Franklincito, por aquella bella tendencia del espíritu humano a imitar los modelos de la perfección que concibe (Sarmiento, 2001: 143-144).

Por supuesto que este niño que decide, al leer su vida, ser como Franklin, no es una sorpresa o una originalidad en el siglo XIX: ese deseo de Sarmiento es una modulación sudamericana de una suerte de biografema que los textos de Franklin venían produciendo en el mundo occidental (tanto en Europa como en las Américas) desde fines del siglo XVIII, cuando empezaron a circular impresos. Testimonio de esto es que, veinte años después de que Sarmiento publicara su autobiografía, en 1870, el escritor norteamericano Mark Twain escribió un texto titulado “The Late Benjamin Franklin” en el que, en un eficacísimo tono burlón, el narrador se presenta como una víctima más, entre muchísimas otras, del modelo de vida que la *Autobiografía* de Franklin pretendió imponer:

[Benjamin Franklin] tempranamente prostituyó su talento en la invención de máximas y aforismos calculados para infligir sufrimiento sobre las jóvenes generaciones de todas las eras subsiguientes. Sus más simples actos, también, fueron ideados con vistas a ser registrados para la eterna emulación de los niños: niños que de otro modo hubiesen sido felices. Fue con este espíritu que se convirtió en hijo de un jabonero; y probablemente para que los esfuerzos de todos los futuros niños que intentaran ser alguien fueran vistos con sospecha a menos que fueran hijos de jaboneros. Con una malevolencia sin paralelo en la historia, trabajaba todo el día y después se sentaba toda la noche a estudiar algebra a la luz de un fuego llameante

para que luego otros niños debieran hacer eso también o Benjamin Franklin se lanzaría sobre ellos. No satisfecho con este proceder, tenía la costumbre de vivir a pan y agua, y estudiar astronomía a la hora del almuerzo... algo que afligió desde entonces a millones de niños cuyos padres habían leído la perniciosa biografía de Franklin (Twain, 2008: 54-55, traducción mía).

Precisamente, Twain vuelve en esta “memoria” a la por entonces famosísima escena del ingreso de Franklin en Filadelfia: ⁵

Siempre contó con orgullo cómo entró en Filadelfia la primera vez, sin otra cosa en el mundo que dos chelines en su bolsillo y cuatro bollos de pan bajo el brazo. Pero en realidad, cuando se examina eso críticamente, resulta que no es nada. Cualquiera habría podido hacer eso (2008: 55-56).

No es imposible que Sarmiento haya leído, durante su infancia sanjuanina, una versión castellana de la biografía de Franklin: esa biografía no solo existía sino que en ella (que sigue en gran medida el texto de Franklin en su versión francesa, la primera que se conoció) están casi todos los elementos que caracterizan el modelo frankliniano del *self-made man*. Se trata de la *Vida del Dr. Benjamin Franklin, sacada de documentos auténticos*, publicada en Madrid en 1798.⁶ Por lo demás, cuando Sarmiento escribe sus dos

⁵ Posteriormente, otro crítico de las recetas de vida franklinianas, aunque lo reivindicará en otros aspectos, será D.H. Lawrence, quien escribirá en 1923: “I am a moral animal. But I am not a moral machine. I don’t work with a little set of handles or levers. The Temperance-silence-order-resolution-frugality-industry-sincerity-justice-moderation-cleanliness-tranquillity-chastity-humility keyboard is not going to get me going. I’m really not just an automatic piano with a moral Benjamin getting tunes out of me” (2008: 81).

⁶ En la portadilla de la edición de esta *Vida del Dr. Benjamin Franklin* que manejo se lee “Por Pantaleón Aznar”, lo que permite conjeturar que ese fue su autor. Sin embargo, en la ficha correspondiente, el catálogo de la Biblioteca Nacional de España informa que Aznar es el editor y que el autor-traductor sería, según Medina y Palau, Pedro Garcés de Marcilla. En un trabajo de John E. Englekirk (1956) sobre la difusión de la figura de Franklin en el mundo hispano se menciona también a este autor, aunque la ortografía de su apellido es ligeramente diferente: Pedro Garcés de Mancilla. En un trabajo de Carmen de la Guardia Herrero (2008) sobre el primer liberalismo español, por el contrario, se asegura que el autor es Pantaleón Aznar. Sarmiento en *Recuerdos de provincia* confiesa haber leído devotamente “la Vida de

textos biográficos más importantes –*Mi defensa*, en 1843, y *Recuerdos de provincia*, en 1850– ya ha tenido acceso a la bibliografía frankliniana de manera más amplia. De todos modos, no importa aquí si Sarmiento modeló o no su vida desde muy pequeño de acuerdo con el ejemplo de Franklin sino que, al momento de contarla, eligió codificarla de acuerdo con él; así, de manera ostensible en *Recuerdos de provincia*, y de manera tácita en *Mi defensa*, Sarmiento coloca su relato autobiográfico bajo el patrocinio legitimador del texto frankliniano.⁷

Varios componentes centrales del relato autobiográfico de Franklin resuenan en el de Sarmiento. El primero es la oscuridad desde la que el autobiógrafo se encumbra social y culturalmente. Eso es especialmente evidente en *Mi defensa*; en *Recuerdos*, junto con esa idea convive otra: la de que el autobiógrafo tiene un linaje. En esto, *Recuerdos* incurriría en un gesto aristocratizante, lejano del moderno modelo frankliniano. Al exhibir la galería de nombres célebres que lo precedieron, el autobiógrafo estaría pretendiendo legitimarse mediante la ostentación de un árbol genealógico.⁸ De todos modos, debe decirse también que la “oscuridad” de origen a la que se refiere Franklin en su texto no le impide demorarse en quiénes eran sus ancestros. La “oscuridad” se vincula casi únicamente con el despojamiento material, con la imposibilidad de acceder a medios para educarse: no a que sus progenitores fueran unos cualquiera.

Franklin” y no la *Autobiografía* de Franklin: Sarmiento, entonces, accede por primera vez el modelo frankliniano mediante la escritura de un biógrafo. Mi hipótesis es que el texto que leyó Sarmiento es este de Garcés de Marcilla o Pantaleón Aznar.

7 El interés de Sarmiento por Franklin no es, por supuesto, privativo de su persona. Franklin era una figura admirada en el mundo de habla hispana desde mediados del siglo XVIII (no solo en la península, sino también en las colonias). Los trabajos más precisos sobre esta cuestión son los de Englekirk (1956) y, para el caso del Río de la Plata antes de 1810, Furlong (1956). La biografía escrita por Pantaleón Aznar o Garcés de Marcilla a la que me referí más arriba se publica en el contexto del primer liberalismo español, en cuyo discurso la figura de Franklin, más que la de otros *founding fathers*, es protagónica (De la Guardia Herrero, 2008).

8 En su estudio sobre la biografía caballerescas (*biographie chevaleresque*), Elizabeth Gaucher refiere que uno de los antecedentes de ese subgénero biográfico de la Edad Media francesa fue la literatura genealógica –es decir, las genealogías compuestas por señores locales para legitimar un poder, una soberanía, una herencia– (Gaucher, 1994: 69-71). Sobre el árbol genealógico de Sarmiento, véase Sarlo y Altamirano (1997).

Franklin y Sarmiento tienen, o pretenden tener, una progenie presentable; pero, también, quieren demostrar que, pese a haber nacido en una familia respetable, aunque pobre o empobrecida, llegaron a ser personas educadas y reconocidas socialmente.

Varias veces –y ejemplarmente Sylvia Molloy (1996)– la crítica ha hecho hincapié en la centralidad que la lectura ocupa en *Recuerdos de provincia*: en esto, el texto de Sarmiento es particularmente frankliniano. Así, algo que emparenta a estos relatos autobiográficos es que en ellos la lectura aparece como un medio fundamental para el ascenso social. Luego de asegurar, en principio, que aprendieron a leer prematuramente, son frecuentísimas las afirmaciones de estos dos autobiógrafos que manifiestan la obsesión por dejar registro de la tenaz lectura de varios volúmenes,⁹ del deslumbramiento ante los nuevos libros a los que podían acceder o del afán por acercarse a personas que leyeran o que tuvieran bibliotecas importantes. Con esto se vincula además el interés por aprender idiomas. Franklin, como lo hará décadas después Sarmiento, relata en su autobiografía el modo autodidacta y disciplinado en que aprendió francés, italiano o español no tanto con el objetivo de hablarlos sino con el de poder leer.¹⁰

En el camino del ascenso social, la lectura se conjuga necesariamente con la escritura: se lee, entre otras cosas, para aprender a escribir bien. Una y otra vez Franklin pondera cómo la capacidad de escribir fue un instrumento que le permitió ir adquiriendo una

9 Franklin asegura que fue un precoz lector de las *Vidas* de Plutarco, que estaban en la “pequeña biblioteca de mi padre”: las “devoré con ansiedad” (1942: 23), asegura; Sarmiento, como vimos, cuenta que fue un temprano lector de Plutarco y de Franklin. En ambos, la afición a la lectura llega por vía paterna, un rasgo que, según lo analizado por Molloy (1996), es común entre los autobiógrafos latinoamericanos.

10 “En 1733 comencé a estudiar idiomas y pronto dominé el francés hasta poder leer libros con facilidad. Luego estudié el italiano. Un conocido que también estaba aprendiéndolo me tentaba frecuentemente a jugar con él al ajedrez. Y viendo que esto me robaba mucho tiempo de mis estudios accedí a jugar solamente con la condición de que el vencido tendría el derecho de imponer una tarea sobre partes de gramática que habría de aprenderse de memoria, sobre traducciones, etcétera... cuyas tareas el vencido quedaba obligado a recitar antes de comenzar nuestro próximo juego. Como jugábamos casi igual la lucha en el lenguaje estaba también equilibrada. Más tarde y con algunos trabajos pude dominar el español hasta leer algunos libros también” (Franklin, 1942: 141).

creciente figuración pública.¹¹ Sobre el periódico que publicó en Filadelfia, y a propósito del rápido éxito que este tuvo a raíz de un artículo suyo sobre una disputa entre el gobernador y la Asamblea, comenta: “[...] este fue uno de los primeros buenos resultados de mis habilidades como escritor; el otro fue que las personas influyentes al ver un periódico ahora en las manos de uno que sabía manejar la pluma, pensaron que debían animarle y apoyarle” (Franklin, 1942: 93). Pocas páginas después, cuando refiere que un panfleto suyo titulado *La naturaleza y la necesidad del papel moneda* redundó en que la impresión de ese “papel moneda” le fuera encargada a su imprenta, afirma: “Esta fue otra ventaja de saber escribir” (1942: 97).¹²

En relación con la misma cuestión, se recordará que Sarmiento le da un lugar destacado a lo que considera orgullosamente como su primer reconocimiento como escritor. Corre el año 1841: ha publicado en *El Mercurio* un artículo con el seudónimo “Un teniente de artillería” y se encuentra en una reunión donde se celebra la calidad de ese trabajo. Sarmiento, que no revela a los circunstantes que es él quien se esconde tras ese seudónimo, se regocija secretamente de sus logros:

El éxito fue completo y mi dicha inefable, igual solo a la de aquellos escritores franceses que, desde la desmantelada guardilla del quinto piso, arrojan un libro a la calle y recogen en cambio un nombre en el mundo literario y una fortuna. Si la situación no era igual, las emociones fueron las mismas. Yo era escritor por aclamación de Bello, Egaña, Olañeta, Orjera, Minvielle, jueces considerados

11 Alejandra Laera (2005) señala que, en contraste con la *Autobiografía* de Franklin, en *Recuerdos de provincia* falta la escena de iniciación en la escritura, a la que diferencia de las escenas de consagración o de reconocimiento.

12 Escribir bien, en Franklin, significa escribir bien en prosa, y más especialmente textos periodísticos o de rápida utilidad pública: folletos, panfletos, declaraciones, etcétera. En Franklin hay un desprecio, por momentos casi furibundo, por la escritura de poesía, algo a lo que Sarmiento no es ajeno. Franklin, como Sarmiento, boga por una escritura que rápidamente produzca resultados, una escritura efectiva. Las afirmaciones de Sarmiento en la carta “Montevideo” de *Viajes* sobre la esterilidad de la poesía (“¡Yo os disculpo, poetas argentinos!”) y la complementaria reivindicación de la *poesía práctica* de los norteamericanos (aquella que efectivamente transforma la naturaleza y hace “una pastoral de un desierto inculto, e inventa pueblos y maravillas de la civilización” [Sarmiento, 1993: 50]) están directa o indirectamente emparentadas con ese posicionamiento frankliniano ante la poesía.

competentes. ¡Cuántas vocaciones erradas había ensayado antes de encontrar aquella que tenía afinidad química, diré así, con mi presencia! (2001: 166-167).

En la *Autobiografía* de Franklin, la primera consagración del autobiógrafo como escritor convoca circunstancias similares: la anonimidad, el secreto y, también, una reunión donde se elogia su escritura sin que los que la celebran sepan que se trata de la suya. Esto ocurre cuando Franklin, entonces con menos de 15 años, decide enviar un artículo sin su firma, y con su letra desfigurada, al periódico que publicaba su hermano. La anécdota es muy similar a la de Sarmiento, aunque la mesura que cierra la de Franklin está ausente en la de aquel:

A la mañana siguiente [mi hermano] lo encontró [al “ensayo anónimo”] y se lo enseñó a sus colaboradores cuando llegaron por la tarde. Lo leyeron, lo comentaron en mi presencia y tuve el placer delicioso de que lo encontrasen de su gusto, y que, tratando de adivinar quién era el autor, solo nombraron personas notables entre nosotros por su ingenio y por su sabiduría. Ahora pienso que fui afortunado con aquellos jueces y que tal vez no eran, en realidad, tan buenos como los juzgué entonces (1942: 33).

Las autobiografías de Franklin y Sarmiento comparten, pues, varios elementos que resultan señales inequívocas de cómo el segundo buscó presentar su vida de acuerdo con el paradigma narrativo que le ofrecía el texto del primero.¹³ La autobiografía de Franklin es la matriz ficcional que le permite a Sarmiento forjar la ficción de su propia vida.

¹³ Además de los analizados hasta aquí, que considero los más relevantes, hay otros biografemas franklinianos que encuentran su correlato en el relato autobiográfico de Sarmiento: entre ellos, el afán por dejar constancia de las instituciones en cuya fundación o mejora participaron, el escaso cuidado a la hora de exhibir su vanidad, el señalamiento de que, a pesar de no haber podido acceder a una educación formal, varias instituciones educativas (especialmente universidades) reconocieron sus aptitudes intelectuales, o el énfasis en demostrar que su figuración trascendió las fronteras de sus respectivos países de origen. Al respecto, Franklin y Sarmiento se muestran especialmente ansiosos por consignar la atención que recibieron en París tanto sus personas como sus escritos.

A Dominguito Sarmiento, sin dudas, debe computárselo como uno más entre los “millones” de niños víctimas de padres que “habían leído la pernicioso biografía de Franklin” a los que se refiere Mark Twain en su “memoria” de 1870. Sarmiento, como ya se señaló, empezó a escribir la biografía de su hijo a poco de enterarse de su muerte en Curupaití. Entre los manuscritos que se han conservado de esa versión trunca, uno, titulado “Franklin”, consigna que “el nombre de Franklin resonó muchas veces en los oídos del capitán Sarmiento [Dominguito], y sus doctrinas empezaron desde su adolescencia a formar parte de su naturaleza” (1962: 236) y que, con orgullo, el padre pudo comprobar, a su regreso a la Argentina en 1868, que durante su ausencia Dominguito había leído “hasta el tomo VI” de una “colección completa de siete volúmenes en cuarto mayor de las obras y escritos de Franklin en inglés” (1962: 236). En ese mismo texto, incluso presenta a su hijo como un malogrado continuador de la difusión de “la doctrina de la república según Franklin, Lincoln y los Estados Unidos mismos” (1962: 237), y lo ubica así entre una serie de nombres célebres entre los que él también figura (otra vez, entonces, lo autobiográfico colándose en lo biográfico): “Tocqueville, Sarmiento, Edgard Quinet [y] Laboulaye”.

Las autobiografías de Franklin y Sarmiento comparten, como se vio más arriba, varios elementos que resultan señales inequívocas de cómo el segundo buscó presentar su vida de acuerdo con el paradigma narrativo que le ofrecía el texto del primero. Sin embargo, en lo que difieren es en que mientras Franklin ostenta reiteradamente su capacidad para hacer dinero –para construir, desde la nada, una fortuna–,¹⁴ en Sarmiento ese ingrediente está ausente. De hecho, lo que le preocupa subrayar especialmente es que a él, como a Franklin, no le interesó hacer fortuna por el mero hecho del enriquecimiento:

En 1826 entraba tímido dependiente de comercio en una tienda, yo que había sido educado por el presbítero Oro, en la soledad, que tanto desenvuelve la imaginación, soñando congresos, guerra, gloria, libertad, la república, en fin. Estuve triste muchos días, y como

14 Una fortuna que, no obstante, no lo lleva a vivir lujosamente: Franklin se presenta como alguien que sabe cómo hacer dinero, pero también como alguien que sabe cómo no gastarlo. Así, en paralelo con el relato de su enriquecimiento, subraya que siempre llevó una vida austera, y que evitó la ostentación y el despilfarro.

Franklin a quien sus padres dedicaban a jabonero, él que debía “robar al cielo los rayos y a los tiranos el cetro”, toméle desde luego ojeriza al camino que solo conduce a la fortuna (2001: 139).

Esta sería, pues, una de las mayores diferencias entre los textos autobiográficos de Franklin y de Sarmiento: mientras el primero demuestra cómo supo acumular un importante capital simbólico, pero también uno material, el segundo se interesa casi únicamente en demostrar la habilidad que había tenido para formarse intelectualmente, y cómo esa formación le permitió ascender socialmente. La pericia frankliniana para hacer dinero, de todos modos, aparece no obstante reivindicada por Sarmiento en *La vida de Dominguito*. En este texto, varias veces el padre biógrafo cuenta cómo el modelo y los consejos franklinianos le sirvieron para llevar a su hijo por el buen camino, un buen camino que él, el padre, ya había transitado. Sin embargo, hay un aspecto de la educación de Dominguito en el que la fórmula frankliniana parece fallar y ese aspecto es precisamente la capacidad para producir capital y luego acumularlo mediante el ahorro; cuenta Sarmiento:

[...] cuando ya hubo alcanzado cierto grado de desarrollo, intentóse, siguiendo los preceptos morales de Franklin, inculcarle ideas de economía, y si fuera posible de lucro, como denuncian los viajeros ingleses encontrar en ejercicio activo en los niños norteamericanos, que crían gallinas de su cuenta para vender huevos y hacerse de capital, o bien vender libros, diarios, manzanas y flores de maíz tostado en los ferrocarriles, importunando todavía a los pasajeros, cuando ya los trenes van en movimiento acelerado, contando con la destreza adquirida de caer parados (1962: 41).

Dominguito, en principio, logra reunir algún dinero vendiendo a varios incautos unos impresos de una oración que, “puesta en el estómago con acompañamiento de Padres Nuestros y Ave Marías, preservaba del contagio” de la fiebre amarilla; pero enseguida derrocha gran parte de la suma que había logrado ganar con este “negocio”:

[...] pero el empeño de proveer a las necesidades más apremiantes de la casa, una pandorga, un trompo, darle algo a un compañero de

juegos, el hijo de tío Juan el jardinero, y cada día una nueva urgencia, siendo la madre por imprevisión el cajero, y alegando el eterno postulante sus derechos inalienables de propiedad, el resultado fue que aquel enorme montón de cobres fue desmoronándose y disminuyendo, olvido si pagada la impresión, hasta que el negocio corrió burro y el comerciante se declaró fallido, abandonando toda esperanza de rehabilitación (1962: 43-44).

Sin embargo, a pesar del fracaso con su propio hijo, Sarmiento de todos modos califica la “receta” de Franklin para hacer fortuna como “inefable”. Vale decir: su fe en la aplicabilidad de este modelo es inquebrantable, incondicional, pese a tener que admitir que cierta zona de ese modelo no cuajó con efectividad en la formación de su propio hijo: la falla de Dominguito, pues, no orada en lo esencial la confianza de Sarmiento en el modelo de vida frankliniano. En ese sentido, debería decirse acaso que esa vehemente fe de Sarmiento en el modelo de vida frankliniano no se vio amenazada por el fracaso del hijo en lo relativo a la acumulación y conservación del dinero porque ese fracaso, en el texto sarmientino, no argumenta específicamente contra la eficacia de ese modelo y sí, sutil pero incuestionablemente, contra la de la madre en su rol en la formación del hijo de acuerdo a ese modelo. En efecto, como acabamos de ver, en la narración de cómo Dominguito fracasó en la conservación de su fortuna y la dilapidó en gastos innecesarios es esencial el rol perjudicial de la madre como “cajero” que no ofrece obstáculos convincentes a los insensatos pedidos de dinero que hace el hijo. El texto, en este sentido, permite conjeturar que acaso con el padre como cajero –un cajero menos permeable o más eficaz que la madre: un cajero más *duro*, un cajero *hecho y derecho*- eso no habría ocurrido y Dominguito habría podido conservar, y no dilapidar tontamente, ese “montón de cobres” que había juntado con –y esto al padre parece no solo no importarle sino causarle una secreta admiración– la venta de un producto malo, inservible (el hijo, en el relato, es un estafador, un fraudulento, un embaucador: lo que vende no sirve para nada). En todo este episodio, la falla de Sarmiento, en todo caso, habría estado en no saber prever que la madre iba a ejecutar mal el rol de cajera (recordemos que Sarmiento escribe: “siendo la madre

por imprevisión el cajero”).¹⁵ Las responsabilidades de un padre no dan tregua ni descanso: tiene que estar en todo. Franklin –el texto de Franklin– no puede hacer todo por él.

Bibliografía

Anderson Imbert, E. (1975). “Génesis del primer *Dominguito*”. En *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol., no 2, pp. 504-514.

De La Guardia Herrero, C. (2008). “El lenguaje republicano en el primer liberalismo español”. En María Encarna Nicolás Marín y Carmen González Martínez (coords.), *Ayeres en discusión, temas clave de Historia Contemporánea hoy*. Murcia, Universidad de Murcia - Servicio de Publicaciones. Disponible en: http://www.ahistcon.org/docs/murcia/contenido/pdf/05/carmen_de_la_guardia_herrero_taller05.pdf

Englekirk, J. E. (1956). “Franklin en el Mundo Hispano”. En *Revista Iberoamericana*, vol. XXI, no 41-42, 319-371.

Franklin, B. (1942). *Autobiografía y otros escritos*. Seleccionados y arreglados por Carl Van Doren, traducción del inglés por León Felipe. México, Nuevo Mundo.

Furlong, G. (1956). “The influence of Benjamin Franklin in the River Plata before 1810”. En *The Americas*, vol. XII, 259-263.

Gaucher, E. (1994). *La biographie chevaleresque. Typologie d'un genre (XIIIe-XVe siècle)*. París, Honoré Champion.

Kohan, M. (2014). *El país de la guerra*. Buenos Aires, Eterna Cadencia.

Laera, A. (2005). “Lo que Sarmiento nunca escribió: la escena ausente de *Recuerdos de provincia*”. En *Signos literarios*, no 2, 91-102.

Lavandera, B. R. (1966). *Las dos redacciones de La vida de Dominguito de Domingo Faustino Sarmiento*. Tesis de licenciatura dirigida por Ana María Barrenechea. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras (mimeo).

¹⁵ En esta imprevisión podría computarse algo del orden del género (*Benita como mujer*) pero, también, algo del orden de la diferencia de clase (*Benita como aristócrata que nunca supo cuál era el valor del dinero*).

Lawrence, D.H. (2008): "Benjamin Franklin". En H. Bloom (edición e introducción), *Bloom's classical critical views: Benjamin Franklin*. New York, Infobase Publishing, pp. 75-85.

Molloy, S. (1996). *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica Acto de presencia*. México, Fondo de Cultura Económica.

Pron, P. (2011). *El espíritu de mis padres sigue subiendo en la lluvia*. Barcelona, Mondadori.

Rosa, N. (1990). *El arte del olvido*. Buenos Aires, Puntosur.

Sarlo, B. y Carlos A. (1997). "Una vida ejemplar: la estrategia de *Recuerdos de provincia*". En C. Altamirano y B. Sarlo, *Ensayos Argentinos, de Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires, Ariel, pp. 103-160.

Sarmiento, D. F. (1900). *Vida y escritos del coronel Francisco J. Muñiz* [tomo XLIII de las Obras completas]. Buenos Aires: Imprenta y Litografía "Mariano Moreno.

_____ (1962). *La vida de Dominguito*. Prólogo de José Luis Lanuza. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas.

_____ (1999). *La vida de Dominguito* [primera versión]. Introducción de Javier Fernández. Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes.

_____ (2001). *Recuerdos de provincia*. Barcelona, Sol 90.

_____ (1993). *Viajes por Europa, África y América*. Madrid, Colección Archivos, Fondo de Cultura Económica.

Twain, M. (2008). "The Late Benjamin Franklin". En Bloom, H. (ed.), *Bloom's classical critical views: Benjamin Franklin*. New York, Infobase Publishing, pp. 54-56.